

EL MEDITERRÁNEO COMO PARADIGMA

Joan TORT I DONADA
Catedrático de Geografía
Universitat de Barcelona

SUMARIO: 1. INTRODUCCIÓN. 1.1 El sentido de una reflexión. 1.2 Un punto de vista anclado en la historia y en la geografía. 1.3. A propósito del Mediterráneo y de la mediterraneidad. –2. EL MAR MEDITERRÁNEO, UN ELEMENTO FÍSICO CLAVE EN LA ESTRUCTURA GENERAL DE LA TIERRA. 2.1 Consideración inicial: la historia del Mediterráneo no se puede desvincular de la historia de la Tierra. 2.2 Un mar compartimentado. –3. LA MONTAÑA: EL *ESQUELETO* DEL MEDITERRÁNEO. –4. UN MAR VINCULADO A UNA COMPLEJA RED FLUVIAL. –5. EL CLIMA COMO ELEMENTO UNIFICADOR. –6. UN PAISAJE HUMANIZADO. –7. EL MEDITERRÁNEO COMO «SISTEMA DE CIRCULACIÓN». –8. CATALUÑA, UN TERRITORIO GENUINAMENTE MEDITERRÁNEO. 8.1 Cataluña, *Finisterre oriental* de la Península Ibérica. 8.2 Un apunte final sobre la «vocación mediterránea» de Cataluña. –9. EL *PARADIGMA MEDITERRÁNEO*: UNA MANERA DE ENTENDER EL PASADO Y DE ABORDAR EL FUTURO.

1. INTRODUCCIÓN

1.1. El sentido de una reflexión

Proponemos una reflexión panorámica, desde una perspectiva de síntesis, sobre la significación del Mediterráneo como concepto geográfico e histórico entendido en un sentido amplio. Es decir, tomando el mar como hecho geográfico en sí mismo; pero considerando también su proyección en el espacio y en el tiempo. La reflexión queremos hacerla extensiva, también, a lo que identificamos como *mediterraneidad*, concepto derivado directamente del nombre propio Mediterráneo y que entendemos como el conjunto de valores y atributos intangibles que

podemos asociar a este hecho geográfico a lo largo de su desarrollo histórico.

En la práctica, organizamos el texto en torno a los nueve puntos que indicamos en el sumario y sobre los cuales vertebramos el conjunto de la argumentación. De modo que, más allá del presente epígrafe introductorio (1), hacemos una caracterización general del Mediterráneo en tanto que hecho físico a abordar desde una perspectiva global de la Tierra (2). Introducimos a continuación un aspecto derivado del anterior que es la consideración de la montaña como «esqueleto», o estructura básica, del Mediterráneo (3). Y la referida consideración nos lleva a hacer énfasis, en los dos puntos siguientes, en la imbricación de esta estructura básica con dos elementos de importancia clave para el territorio que circunda este mar: por un lado, la red fluvial (4), y, por otro, el clima (5). A partir de los puntos anteriores, y con el propósito de hacer progresivamente énfasis en la relevancia del factor humano, prestamos atención en el epígrafe siguiente al proceso de construcción histórica del paisaje (6), para pasar a tratar a continuación la idea, persistente a través de las épocas, del Mediterráneo como «sistema de circulación» (7). Las consideraciones hasta aquí expuestas nos situarán en condiciones de cambiar de escala y de abordar, seguidamente, el caso de Cataluña: territorio genuinamente mediterráneo, tanto en lo que se refiere a sus condiciones geográficas como a su proceso de construcción histórica –y en relación con el cual el período de expansión medieval hacia el Mediterráneo oriental, e hitos asociados a este período como el *Libro del Consulado de Mar*, brillan con luz propia (8). Completamos la reflexión con un apunte o idea de futuro: la consideración de los valores positivos asociados a la idea del Mediterráneo como paradigma a tener en cuenta por sus posibilidades de aplicación en un sentido global (9).

1.2. Un punto de vista anclado en la historia y en la geografía

La reflexión toma como eje articulador el pensamiento de dos de los grandes tratadistas que ha tenido a lo largo del último siglo el espacio mediterráneo (entendido este espacio como la fusión del mar que ostenta este nombre con las tierras ribereñas que lo circundan): el historiador Fernand Braudel, y el geógrafo Pierre Deffontaines. La dimensión y riqueza de ideas de sus respectivas aportaciones, en clave de mediterraneidad, así como su vigencia (en el momento presente pero también de cara al futuro), nos han llevado a adoptarlas sin ambages como puntos de referencia esenciales en el desarrollo de los distintos puntos de nuestra argumentación.

Respecto a Fernand Braudel (1902-1985) subrayaremos que, aunque destaca a menudo su papel como director de la revista *Annales*

(1956), o el hecho de ser considerado el fundador de la línea de estudio conocida como la «Nueva Historia», durante toda su trayectoria defendió, como premisa irrenunciable, la idea de una historia abierta a todas las ciencias sociales. En cualquier caso, el nombre de Fernand Braudel deviene indisoluble del Mediterráneo, y de lo que este nombre implica, a partir de su tesis doctoral, *La Méditerranée et le monde méditerranéen en la época de Philippe II* (1946), en la que presentó un innovador modelo de historia estructural, basada en la dialéctica espacio-tiempo, y que es considerada como una de las obras historiográficas del siglo XX que más influencia ha tenido en investigaciones posteriores en todo el mundo.

En cuanto a Pierre Deffontaines (1894-1978) cabe decir que, aunque hablemos de un autor que académicamente tuvo una proyección más bien modesta en comparación con la de Fernand Braudel, ha sido uno de los grandes geógrafos franceses del siglo XX. De un modo particular, en su obra tuvo un papel protagonista el estudio del Mediterráneo desde un enfoque geográfico abierto y global. Claire Delfosse, en un artículo biográfico, le presentaba como un «geógrafo pionero [...] por su práctica de la pluridisciplinariedad y por su colaboración con especialistas de otras disciplinas»¹, mientras que Pau Vila, que valoraba en particular su vinculación con Cataluña durante veinticinco años, y las diversas investigaciones que llevó a cabo, le caracterizaba como un «observador atento de los hechos físicos y humanos [...], con la libreta en la mano, que lo mismo le servía para formular un concepto que [...] para hacer un croquis [...], con esa habilidad que conjugaba la visión del geógrafo y la del artista»².

1.3. A propósito del Mediterráneo y de la mediterraneidad

En la práctica, hemos encontrado una interesante aproximación al ámbito geográfico que nos ocupa en la entrada que dedica al mar Mediterráneo una obra clásica: la enciclopedia Espasa. Transcribimos una síntesis de la misma a continuación porque, dejando al margen que fue escrita hace un centenar de años, creemos que caracteriza de forma muy concisa y fidedigna la realidad geohistórica a que estamos aludiendo:

Ninguna parte del globo ocupa como el Mediterráneo un lugar tan destacado en la historia de la geografía y en la del progreso de la humanidad. Una de las sociedades más remotas, el antiguo Egipto, y su filial Fenicia, nacieron en las riberas de este mar, donde también se desarrolló

¹ DELFOSSE, C., «Biographie et bibliographie de Pierre Deffontaines», *Cybergeo*, 2000, p.127.

² VILA, P., «Pierre Deffontaines i la seva actuació a Catalunya», *Serra d'Or*, 1964, p.10.

la civilización griega. Las luchas entre Cartago y Roma, y el inmenso desarrollo de la civilización romana, tuvieron como teatro este mar, testigo, asimismo, en la Edad Media, de todo el movimiento de renovación occidental de las Cruzadas, de las relaciones comerciales entre Génova y Venecia y del desarrollo mercantil de Tortosa, Barcelona, así como las hazañas de la flota de los reyes de Aragón. Con los descubrimientos de los siglos xv y xvi dejó de ser el Mediterráneo el gran mar de la navegación, pero a finales del último siglo mencionado tomó protagonismo de nuevo. [...] A mediados del siglo xix, la apertura del canal de Suez [...] hizo que el Mediterráneo recobrara su antigua importancia, en la medida en que facilitó la comunicación con el océano Índico. [...] Desde la perspectiva de la historia geográfica, este mar y sus tierras vecinas sirvieron de término de comparación a los geógrafos de la antigüedad: desde Tales de Mileto a Ptolomeo, pasando por Hecateo y Eratóstenes³.

Las consideraciones transcritas nos llevan a insertar a continuación, a modo de complemento, algunas de las ideas esenciales que el nombre de «Mediterráneo» suscita en Fernand Braudel —en el bien entendido que dicho nombre geográfico es, en gran medida, el eje alrededor del cual desarrolla su obra como historiador:

¿Qué es el Mediterráneo? Mil cosas a la vez. No es un paisaje sino innumerables paisajes. No un mar, sino una serie de mares. No una civilización, sino varias civilizaciones sobrepuestas unas a otras. Viajar por el Mediterráneo es descubrir el mundo romano en el Líbano, la prehistoria en Cerdeña, las ciudades griegas en Sicilia, la presencia árabe en España, el Islam turco en Yugoslavia. Es sumergirse en la profundidad de los siglos hasta las construcciones megalíticas de Malta o hasta las pirámides de Egipto. Es reencontrar cosas antiquísimas, todavía vivas, situadas junto a otras que solo pueden calificarse de ultramodernas. [...] En un mismo movimiento el espectador se sumerge en el arcaísmo del universo insular y se sorprende ante la insospechada juventud de las ciudades más antiguas, abiertas a todos los vientos de la cultura y del comercio y que, desde hace siglos, vigilan y están pendientes del mar en todo momento. [...] ¿La razón de todo esto? El Mediterráneo es un cruce antiquísimo. Desde hace milenios, todo ha venido a confluir a este mar, complicando y enriqueciendo a su vez su historia: hombres y mujeres, animales de tiro, vehículos, mercancías, naves, ideas, religiones, modos de vida... E incluso las plantas. Creemos que son «mediterráneas» y, sin embargo, a excepción del olivo, la viña y el trigo —especies autóctonas que fueron introducidas en la cuenca del Mediterráneo en fecha muy temprana—, casi todas tienen su origen muy lejos de sus dominios⁴.

³ «Mediterráneo», en: *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, Madrid-Barcelona, Espasa-Calpe, 1923, vol. 34, p. 166.

⁴ BRAUDEL, F., *La Méditerranée, l'espace et l'histoire*, París, Flammarion, 1985 [1ª edición: 1977], pp. 8-9. La traducción es nuestra.

2. EL MAR MEDITERRÁNEO, UN ELEMENTO FÍSICO CLAVE EN LA ESTRUCTURA GENERAL DE LA TIERRA

2.1. Consideración inicial: la historia del Mediterráneo no se puede desvincular de la historia de la Tierra

La primera cuestión que tener en cuenta al abordar la idea del Mediterráneo como hecho físico es que este mar no ha existido siempre. Doscientos millones de años atrás había en la Tierra un solo continente, Pangea, y un solo gran océano (Pantalassa), con algunos pequeños mares, entre ellos el llamado *mar de Tetis* –citado en las representaciones de la Tierra más antiguas, y considerado como el embrión del Mediterráneo actual. La deriva continental fue separando estas tierras en un lento proceso que, unos sesenta y cinco millones de años atrás, acabó cerrando el Mediterráneo y dándole progresivamente la forma que hoy día tiene. En un sentido geológico estricto, el Mediterráneo actual se interpreta como un «resto» de dicho mar de Tetis, y es explicado como un gran geosinclinal de la era terciaria que se fue conformando a través de las convulsiones de la orogenia alpina (que, por otra parte, dio origen a los grandes sistemas montañosos de su entorno: Pirineos, Alpes, Apeninos, Atlas, Cárpatos, etc.). En este contexto, lo que identificamos como «cubeta mediterránea» se formó como consecuencia de una serie de grandes hundimientos tectónicos que tuvieron lugar entre la plataforma africana, por un lado, y el continente euroasiático, por otro.

Como mar, el Mediterráneo responde a los siguientes parámetros generales: 3800 km de longitud total, ochocientos kilómetros de ancho máximo y una profundidad media de 1500 m, con cotas de hasta cuatro mil metros. Un mar cerrado, con dos puertas naturales: el Bósforo y Gibraltar. Desde el punto de vista físico, el mar de Mármara, el mar Negro y el mar de Azov son simples apéndices prácticamente aislados del Mediterráneo. De hecho, ya desde la antigüedad se ha considerado que el Mediterráneo estricto comienza en el estrecho de Gibraltar y termina en las costas de Siria. En la práctica, la singular morfología del Mediterráneo explica la etimología de su nombre; o sea, «mar situado entre tierras (o en medio de tierras)». En las fuentes antiguas se le menciona como *Mare Internum*.

¿Por qué el Mediterráneo ha merecido ese nombre y lo ha mantenido desde la antigüedad más remota? Según Pierre Deffontaines, fue «la primera gran superficie marina que conquistó su individualidad toponímica»⁵.

⁵ DEFFONTAINES, P., *El Mediterráneo. La tierra, el mar, los hombres*, Barcelona, Editorial Juventud, 1972, p. 5.

Su nombre se contraponía a todas las demás extensiones marinas de la antigüedad, que indistintamente constituían el dominio oceánico de los llamados «mares tenebrosos». Dice Pierre Deffontaines:

El Mediterráneo es el mar más terrícola y, por consiguiente, el más humano; y pues, por ser el más humano, el que tiene una relación más directa con los humanos y con la geografía humana, recibe el calificativo de «-terráneo», o sea: un mar para los «terrícolas»⁶.

Es importante subrayar que el ámbito mediterráneo stricto sensu coincide con los dominios de la masa de agua identificada con este nombre, y con el territorio adyacente que le rodea. Pero el mundo mediterráneo reaparece en las fachadas occidentales de los continentes actuales, entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco grados de latitud, en California, Chile central, África austral y en el oeste y sur de Australia. En estos lugares, alejados entre sí pero sometidos al mismo tipo de clima, aparecen paisajes y ecosistemas de similar aspecto. Son paisajes que los especialistas definen como «intercambiables»: *sabana oak* californianas comparables a las dehesas ibéricas, «encinales» chilenos de aspecto similar a los encinares sicilianos, *fynbos* sudafricano análogo a los matorrales mediterráneos y viñedos provenzales⁷.

2.2. Un mar compartimentado

Estructuralmente la característica fundamental del Mediterráneo, y que diferencia este mar del resto de masas de agua de la Tierra con una superficie equiparable, es su profunda compartimentación. Es decir, su fragmentación física en clave interna; una fragmentación, de hecho, indisociable de los fenómenos geológicos, y específicamente tectónicos, que explican su formación y a los que debemos remitirnos para explicar el elevado grado de complejidad y de diferenciación interna de los territorios continentales que lo rodean. Una vez más, las esmeradas observaciones de Fernand Braudel a propósito del medio natural mediterráneo nos permiten ilustrar con detalle las consideraciones que acabamos de exponer:

En un mapa del mundo el Mediterráneo aparece como un simple corte de la corteza terrestre, como un huso muy alargado que se extiende desde el estrecho de Gibraltar hasta el istmo de Suez y el Mar Rojo. Fracturas, fallas, hundimientos y pliegues terciarios han creado fosas acuáticas muy profundas y, en paralelo, y de paso, grandes encadenamientos de montañas jóvenes, muy altas y de formas vivas. [...] Estas

⁶ DEFFONTAINES, P., *op. cit.*, nota 5, p. 6.

⁷ FOLCH, R.; FERRÉS, L.; MONGE, M., *Mediterrània*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 1991, p. 23.

montañas penetran en el mar, apretándolo, a veces, hasta reducirlo en ocasiones a un simple pasillo de agua salada. [...] Estas aberturas, estos estrechos y estas montañas articulan el espacio líquido de tal modo que diferencian una serie de partes o zonas autónomas: el mar Negro, el mar Egeo, el mar Adriático [...], el mar Tirreno. Y a este reparto del mar en varias cuencas le corresponde, como su imagen invertida, el reparto de las tierras en continentes particulares: la península de los Balcanes, Asia Menor, Italia, el conjunto ibérico, África del Norte. [...] En esta configuración global se destaca una línea principal, indispensable para comprender el pasado del Mediterráneo, desde la época de las colonizaciones griega y fenicia hasta los tiempos modernos [...]: una «frontera central» de costas e islas que, de norte a sur, divide el mar en dos universos hostiles [...]: al este, Oriente; al oeste, Occidente⁸.

El propio autor nos recuerda más adelante que, en el Mediterráneo, el motor de las fracturas, de los pliegues y de la yuxtaposición de los fondos marinos y de las cimas montañosas es una geología en ebullición cuya acción no ha sido borrada todavía por el tiempo y continúa, por tanto, mostrándose activa a nuestros ojos. Es una geología que, en la práctica, nos explica que el mar se encuentre constelado de islas y penínsulas, recortes o trozos de continentes que se hundieron o que se fragmentaron. Que nos explica también que los relieves más abruptos todavía no hayan sufrido demasiado los efectos de la erosión. Y que nos permite entender, en última instancia, la relevancia de los terremotos y las erupciones de los volcanes en una parte importante del perímetro del Mediterráneo⁹. El Mediterráneo hace evidente así un dinamismo excepcional. Un dinamismo que convierte este mar, en palabras de Pierre Deffontaines: «en una especie de bisagra estructural del globo terráqueo»¹⁰.

Y la complejidad, en la práctica, no se limita al plano físico. El autor que acabamos de mencionar insiste en subrayar que este mar tan profundamente compartimentado «se puede considerar como una región aislada, sin ningún elemento verdaderamente centralizador, aparte del mismo mar»¹¹.

Más adelante nos aporta una serie de argumentos que refuerzan la idea apuntada del «aislamiento», desde una perspectiva de geografía comparada. Transcribimos el párrafo entero porque nos parece particularmente ilustrativo:

El relieve configura el territorio del Mediterráneo como un mosaico o un rompecabezas, en el que lo que prima históricamente son los estados minúsculos. La fórmula ciudad-estado predomina mucho tiempo en

⁸ BRAUDEL, F., *op. cit.*, nota 4, pp. 15-16.

⁹ *Ibid.*, *op. cit.*, nota 4, p. 17.

¹⁰ DEFFONTAINES, P., *op. cit.*, nota 5, p. 21.

¹¹ *Ibid.*, p. 20.

la historia, y es bastante ubicua: Fenicia, Grecia, Asia Menor, Argelia bereber, Pirineos, Italia (tanto medieval como moderna), etc. En todo el Mediterráneo se registra siempre una cierta dificultad para constituir grandes unidades políticas, grandes estados. La gran suerte de Francia y España, en este sentido, fue la de configurarse, al mismo tiempo, como países «mediterráneos» y «oceánicos». Y, en este contexto de dispersión de organizaciones políticas, es importante observar que solo el mar propició las uniones. El sistema de colonias litorales y de federaciones políticas está en este mar desde muy antiguo. Las talasocracias se han repetido, a lo largo de la historia: Fenicia, Creta, Atenas, Roma, Bizancio... Normandos, catalanes, venecianos, pisanos, judíos, etc., han dispersado sus territorios por todas las riberas de la Mediterráneo¹².

3. LA MONTAÑA: EL ESQUELETO DEL MEDITERRÁNEO

Fernand Braudel propone considerar el Mediterráneo, más que un mar «entre tierras», un «mar entre montañas». Sobre esta premisa construye una metáfora que, para explicar la complejidad física de los territorios mediterráneos, resulta expresiva: la de considerar que la montaña es el *esqueleto* del Mediterráneo:

Las montañas, dentro de la unidad estructural del espacio mediterráneo, conforman su esqueleto: un esqueleto macizo, desmedido, omnipresente, que por todas partes le atraviesa la piel¹³.

Según Pierre Deffontaines, en el entorno de este mar domina la montaña en casi tres cuartas partes de su perímetro; y en la cuarta parte restante encontramos el otro ingrediente clave: el desierto. El autor insiste, también, en una circunstancia a menudo desapercibida pero que considera fundamental para entender los paisajes mediterráneos: el predominio, en gran parte de sus macizos montañosos, de la roca calcárea —esto es, la caliza. No es por casualidad: antes de ejercer el papel de «cuna» del plegamiento alpino, el Mediterráneo fue una arruga de la corteza de la Tierra en la que se depositaron, en buena medida transportados por los ríos, ingentes cantidades de sedimentos calcáreos depositados por las aguas carbonatadas. Dice, concretamente, Pierre Deffontaines:

A lo largo del tiempo geológico, varios ciclos sucesivos de traslación calcárea a través de las aguas corrientes se han producido en el Mediterráneo¹⁴.

¹² *Ibid.*

¹³ BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, 1ª ed. [original: 1949], Fondo de Cultura Económica, 1953, vol. 1, p. 4.

¹⁴ DEFFONTAINES, P., *op. cit.*, nota 5, p. 7.

Y, más adelante:

El calcáreo es una antigua vocación mediterránea, y ha comportado en su esencia la aridez de los suelos y su carácter pedregoso¹⁵.

Y, sin embargo, las montañas no bordean todo el Mediterráneo. Remarca Fernand Braudel que ya en el litoral norte hay discontinuidades montañosas significativas. Por ejemplo, la costa francesa del Languedoc hasta el delta del Ródano, o las costas bajas de Venecia en el Adriático. Pero la excepción principal a la regla se sitúa en el sur: la larga franja litoral, insólitamente llana, que se extiende por miles de kilómetros desde el Sahel tunecino hasta el delta del Nilo y las montañas del Líbano. En palabras del referido historiador:

Por estas interminables y monótonas riberas el desierto del Sáhara entra en contacto directo con el Mediterráneo. [...] El desierto es un universo extraño por el que desembocan en las mismas riberas del mar las esencias profundas de África y las turbulencias de la vida nómada: son modos de vida que nada tienen que ver con los de las zonas montañosas. Se trata de un Mediterráneo diferente, opuesto al otro y que le reclama constantemente su lugar¹⁶.

Y, más adelante, el propio autor completa esta caracterización subrayando la relevancia del contraste; un contraste que, desde visiones tendencialmente eurocentristas del espacio mediterráneo queda, con frecuencia, injustamente arrinconado en un segundo plano:

Naturaleza, historia y alma cambian según nos situemos en el norte o sur del mar; según miremos solo hacia una u otra de estas direcciones. Hacia Europa y sus penínsulas se erige el telón de las montañas; hacia el sur [...] domina el desierto, un mar petrificado o arenoso y, detrás del Sáhara, la inmensidad del África negra y, en sus prolongaciones, los desiertos de Asia¹⁷.

En el contexto descrito, es importante subrayar la alternancia, aunque desigualmente repartida, entre espacios montañosos y espacios llanos en el conjunto del espacio mediterráneo. El párrafo que sigue, a cargo de Pierre Deffontaines, creemos que ilustra la referida circunstancia de forma elocuente:

La ausencia, en el Mediterráneo, de grandes llanuras, ha creado una diferenciación importantísima entre la Europa del sur y la del centro y norte: y es que, mientras que los mares septentrionales se abren fácilmente, en estas últimas, hacia las tierras adyacentes y han gene-

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ BRAUDEL, F., *op. cit.*, nota 4, p. 21.

¹⁷ *Ibid.*, p. 22.

rado amplios *hinterlands* sin solución de continuidad con las tierras bajas (lo que ha favorecido a las formaciones políticas de predominio continental), en la Europa del sur la «compartimentación» ha creado el efecto contrario: el aislamiento del interior respecto al litoral. De modo que, mientras que podemos decir que ciudades como Bruselas, París o Colonia son «atlánticas» a pesar de su alejamiento físico respecto al litoral, ciudades del sur como Zaragoza, Milán, Lyon, Zagreb, Belgrado, Ankara o Bagdad no podemos calificarlas, en modo alguno, como «mediterráneas»¹⁸.

En cualquier caso, conviene no ver la desigual alternancia entre montaña y llanura que recorre los territorios adyacentes al Mediterráneo como una simple «oposición» entre un medio hostil al asentamiento humano (en el primer caso) y un medio favorable (en el segundo). La cosa es mucho más compleja, debido, fundamentalmente, al predominio histórico de la marisma y el humedal en las tierras bajas cercanas al mar. En palabras de Fernand Braudel:

La llanura, cuando es suficientemente espaciosa, se ha encontrado durante mucho tiempo sometida a la acción de las aguas empantanadas. Ha sido necesario, pues, conquistarla frente a la marisma hostil, protegerla contra los ríos devastadores, exorcizar la malaria. Colonizar agrícolamente la llanura significó, ante todo, ganar la partida a las aguas malsanas, las aguas muertas. Seguidamente hubo que traer el agua de nuevo: esta vez, el agua viva, el agua en forma de riego¹⁹.

Y especialmente concluyente se muestra el propio autor, en otro texto, cuando valora qué ha representado para el agricultor mediterráneo esta particular problemática inherente a la tierra baja:

El hombre del Mediterráneo ha estado siempre en lucha contra las tierras bajas. Vaciarlas de aguas malsanas, dotarlas de un riego fertilizador, surcarlas de caminos [...] ha sido siempre una tarea permanente. Mucho más dura y penosa que la lucha contra el bosque y la maleza, esta colonización ha sido el rasgo verdaderamente original de su historia rural. Así como la Europa del Norte se ha constituido [...] a expensas de sus bosques, el Mediterráneo ha encontrado en las planicies sus «países nuevos», sus «Américas interiores»²⁰.

Aunque dedicaremos un epígrafe entero, más adelante, a considerar la problemática que presenta la montaña, y su relación con la llanura, en el caso concreto de Cataluña, creemos oportuno finalizar el presente apartado con un apunte de Pierre Deffontaines sobre esta cuestión que se enmarca, específicamente, en las tierras catalanas:

¹⁸ DEFFONTAINES, P., *op. cit.*, nota 5, pp. 15-16 (adaptado).

¹⁹ BRAUDEL, F., *op. cit.*, nota 4, p. 27.

²⁰ BRAUDEL, F., *op. cit.*, nota 13, pp. 60-61.

Un solo paisaje predomina en Cataluña: la montaña. Ocupa más de la mitad de la superficie total a partir de los quinientos metros de altura. Debemos subrayar que Cataluña no pertenece a ese tipo de países mediterráneos que generalmente son llanuras litorales; aquí el contacto con el mar se lleva a cabo casi totalmente —dejando al margen algunos deltas— mediante macizos montañosos. Pero estos macizos no forman un muro estrecho, paralelo a la costa. La montaña catalana conforma un conjunto de macizos bastante variados, viejos y jóvenes: es una especie de «arquitectura de relieves». En pleno centro del país, el extraño perfil de Montserrat, con sus 1 235 metros de altura, parece presidir toda esta asamblea de crestas y cumbres²¹.

4. UN MAR VINCULADO A UNA COMPLEJA RED FLUVIAL

Observa Pierre Deffontaines que, a pesar de la preeminencia de la montaña, y de la compartimentación del territorio, existen en el Mediterráneo un buen número de grandes cuencas fluviales. De hecho, desembocan en ese mar los ríos europeos más importantes. Al este (esto es: en el mar Negro) el Danubio, el Don, el Dniéper y el Dniéster. En Europa occidental y central, las cuencas más largas y/o anchas: la del Rin y, también, la del Danubio. Desde África llega al Mediterráneo el río más largo del mundo, el Nilo. El geógrafo se pregunta cómo se han podido llegar a crear estas grandes cuencas, teniendo en cuenta el obstáculo que representaban las montañas de su periferia. De hecho, todos los ríos mediterráneos parecen formados de piezas, como si cada cuenca conformara un gran rompecabezas. Hablamos de ríos, en la práctica, que emprendieron la «conquista» de todas las depresiones interiores: así, el Ródano la depresión de la Bresse, el Ebro la llanura aragonesa, el Danubio las múltiples llanuras interiores, o el propio Vardar. En Cataluña, pequeños ríos como el Llobregat o el Besòs han desempeñado un papel similar, a pequeña escala, respecto a las depresiones del Penedès o del Vallès. Concluye Pierre Deffontaines que el Mediterráneo, a través de sus ríos, se ha apropiado (en el sentido geográfico de la expresión) de un inmenso dominio de drenaje. Pese a la prevalencia en el conjunto de la cuenca de un clima seco, que ha impedido una hidrografía estable, los ríos mediterráneos acreditan un potencial de erosión que, siguiendo al autor referido, cabe calificar de «imperialistas»²².

Por otra parte, conviene prestar atención al hecho de que la frontera del drenaje mediterráneo presenta importantes «incursiones» en el dominio oceánico; así, el Ródano, que por medio de Doubs y del Saona

²¹ DEFFONTAINES, P., *Geografia dels Països Catalans*, Barcelona, 3ª ed. [original: 1975, *La Méditerranée catalane*], Editorial Ariel-Societat Catalana de Geografia, 1980, p. 27.

²² DEFFONTAINES, P., *op. cit.*, nota 5, p. 17.

avanza hacia los Vosgos y recoge aguas que provienen de la humedad del Atlántico. O el propio Ebro, que nace a menos de cien kilómetros de la costa del golfo de Vizcaya. El Danubio es, en este contexto, y de acuerdo con la terminología empleada por el autor, el caso más «extraño»: a pesar de tener su inicio en el sur de Alemania, en la Selva Negra, a menos de cincuenta kilómetros de la frontera francesa, se dirige hacia el mar Negro cruzando una gran parte de la Europa central y de la oriental. El Dniéper, a su vez, que nace en la zona pantanosa de Pinsk, lleva a la cuenca mediterránea aguas evaporadas sobre el Báltico o el Atlántico. Y en el litoral meridional, el Nilo, tras atravesar cuatro mil kilómetros de desierto, vierte en el Mediterráneo aguas procedentes de los grandes lagos africanos de la zona ecuatorial (incluso, de más al sur del ecuador)²³.

Conviene notar que, a pesar de la importancia de las aportaciones fluviales que recibe el Mediterráneo, las aguas de este mar son muy saladas (treinta y ocho gramos por litro de media) en comparación con las de otros mares interiores (Báltico, veintiún gramos por litro; Mar Blanco, dieciocho gramos por litro). Y esta particularidad debe ponerse en relación con el hecho de que el mar Mediterráneo se encuentra sometido a una evaporación muy fuerte, como consecuencia de su ubicación latitudinal (37° N) —que representa una de las zonas de máxima insolación de la Tierra, y que origina que la temperatura media de sus aguas superficiales tienda a ser elevada (unos 12° en invierno y más de 25° en verano, según Pierre Deffontaines)²⁴—. En la práctica eso significa que la cantidad de agua que el Mediterráneo pierde por evaporación excede largamente las cantidades que le aportan los ríos. Así las cosas, el «desequilibrio» final en el volumen de agua de la cubeta mediterránea acaba siendo compensado por las aportaciones de otros mares —y, sobre todo, por la aportación fundamental del océano Atlántico.

5. EL CLIMA COMO ELEMENTO UNIFICADOR

La unidad esencial del Mediterráneo proviene del clima: en este enunciado, breve pero contundente, queda resumida una de las tesis fundamentales de Fernand Braudel en la obra que le consagró como historiador del medio mediterráneo. Dicho enunciado es expuesto y desarrollado en un capítulo específico de la obra, bajo el expresivo título de «La unidad física: el clima y la historia»²⁵. Veamos a continuación cómo justifica tal planteamiento —ya desde las primeras líneas:

Esta unidad humana [del Mediterráneo], decisiva, no debe hacernos pasar por alto una unidad física, en parte subyacente, que es también

²³ *Ibid.*, p. 18.

²⁴ *Ibid.*, p. 26.

²⁵ BRAUDEL, F., *op. cit.*, nota 13, pp. 210-254.

muy potente y compleja [...]. En su retorcida estructura geológica, la región mediterránea es, a la vez, una zona de pliegues y una zona de hundimientos (esta última sobrepuesta a la primera): un rasgo característico que se proyecta en toda su extensión y que, como hemos visto, ha tenido unas consecuencias inmensas. Pero el rasgo más vigoroso y revelador de esta unidad física del mar es, sin lugar a dudas, el clima, unificador de paisajes y de géneros de vida. (...). Este núcleo uniforme de clima y de vida, tan particular pero tan homogéneo [simbolizado por un árbol emblemático: el olivo], que constituye la zona que habitualmente se califica como «mediterránea» [...] circunda la vasta extensión del mar [...]. Y este hecho geográfico tiene unas amplias repercusiones: mundos idénticos se encuentran en las riberas de regiones tan separadas y diferenciadas en su conjunto como Grecia, España, Italia y el norte de África; y, sin embargo, se trata de mundos animados por un mismo aliento y que intercambian su gente y sus bienes sin tener que desplazarse: estas identidades vivas implican la unidad viva del mismo mar, y son mucho más que un simple decorado teatral²⁶.

Un clima tan particular y, a la vez, tan determinante, había de dejar una impronta directa en el lenguaje, en la terminología. No es de extrañar, pues, que hablemos de clima *mediterráneo*; al respecto, Pierre Deffontaines subraya el hecho de que el Mediterráneo sea el único mar que ha dado nombre a un clima²⁷. Lo determina, desde el exterior, un doble aliento: el del océano Atlántico, el vecino del oeste, y el del Sáhara, desde el sur. Dicho autor habla de *faja* entre dos zonas de clima muy diferente: al sur, la cadena de climas desérticos que comienza en el Sáhara y termina en el Pacífico pasando por el Turquestán y Mongolia; y, al norte, el clima templado de la Europa atlántica (que comienza como dominio de clima atlántico y se transforma progresivamente en dominio de clima continental). Esta faja debería haber presentado un clima de transición y dado un clima de estepa, como el del sur de Rusia, pero, en la práctica, unas veces se encuentra bajo la influencia del clima desértico y otras bajo la del clima oceánico templado²⁸. En consecuencia, existe, en la base del peculiar comportamiento climático del Mediterráneo, una *pulsión* entre climas extremos: el desértico y el oceánico. Veamos a continuación cómo lo explica Fernand Braudel; comencemos, de entrada, por el papel del desierto:

Cada verano el aire seco y ardiente del Sáhara envuelve la superficie del mar en su conjunto, desbordando ampliamente sus límites hacia el norte. Crea de este modo, sobre el Mediterráneo, esos cielos tan claros y transparentes, esas esferas de luz y esos cielos nocturnos infestados de estrellas que no se ven en ningún otro lugar: son esos cielos de verano que solo se empañan cuando se desencadenan los vientos del sur,

²⁶ *Ibid.*, pp.210-211 (adaptado).

²⁷ DEFFONTAINES, P., *op. cit.*, nota 5, p.35.

²⁸ *Ibid.*, p.35.

cargados de arena: el siroco, entre otras denominaciones. [...] Durante seis meses el Mediterráneo vive sometido a la ley del Sáhara: se convierte entonces en el paraíso del turista, de los deportes náuticos, de las playas atestadas, del azul del agua que brilla, inmóvil, bajo los rayos del sol. Por el contrario, animales y plantas, así como la tierra reseca, esperan expectantes la lluvia, siempre tan escasa, que cuando aparece es la mayor de las riquezas²⁹.

Y, seguidamente, y en el otro extremo climático, el papel del océano:

El desierto se retira cuando entra en escena el océano. A partir de octubre, las depresiones oceánicas cargadas de humedad inician, como si de una procesión se tratara, sus viajes de oeste a este. Los vientos, desde todos los puntos del horizonte, las empujan hacia Oriente. [...] Al fin y al cabo: un clima extraño, hostil a la vida de las plantas. La lluvia cae con excesiva abundancia en invierno, cuando el frío ha interrumpido el ciclo de la vegetación. Y cuando el calor vuelve, el agua ha desaparecido. Por este motivo las plantas mediterráneas son olorosas, presentan unas hojas cubiertas de pelo o de cera y unos tallos protegidos por espinas: para protegerse del ambiente seco del sol abrasador que impera días y días³⁰.

Subraya Pierre Deffontaines que los vientos, que tienen una gran importancia (y, sobre todo, los vientos locales) en el clima mediterráneo, no son en la práctica tan determinantes como lo es, materialmente, el régimen de lluvias —régimen en el que no destaca tanto la carencia o escasez de lluvia como su desigual reparto—. El resultado nos aboca, en cierto modo, a la paradoja: llueve más en Marsella que en París, y más en Montpellier que en Burdeos; en Génova y en Corfú llueve más que en muchas zonas de clima oceánico. En Krvice, en Montenegro, se registran las máximas de lluvia de toda Europa (4 000 mm anuales: cinco veces la lluvia de Bretaña o Galicia)³¹. En consecuencia, la vegetación natural de la cuenca mediterránea ha tenido que adaptarse a un régimen pluviométrico sin duda peculiar. En este sentido, podemos decir, en relación con la vegetación, que el ámbito mediterráneo se encuentra enclavado entre dos tipos de bosque: al norte, el dominio del haya o del roble caducifolio; al sur, la palmera datilera —asociada al clima desértico. Entre estos dos tipos vegetales extremos, la vegetación mediterránea se distingue sobre todo por los árboles de hoja persistente— y, específicamente, por la encina³².

Más allá de la síntesis del clima mediterráneo que hemos presentado, y de la valoración del papel que juega este factor físico en la unidad

²⁹ BRAUDEL, F., *op. cit.*, nota 4, pp. 23-24.

³⁰ *Ibid.*, pp. 24-26.

³¹ DEFFONTAINES, P., *op. cit.*, nota 5, p. 42.

³² *Ibid.*, p. 43.

del Mediterráneo, un interrogante básico nos viene a la mente: ¿hasta qué punto la dinámica descrita puede verse alterada, o simplemente reforzada, en el contexto del cambio climático que estamos viviendo en la tercera década del siglo XXI? No pensamos que sea el caso, en un trabajo de síntesis como el que nos ocupa, entrar en planteamientos especulativos como el apuntado. Pero sí nos parece relevante subrayar que los dos autores en los que fundamentamos en gran medida nuestros argumentos ponen énfasis de un modo muy visible, en sus respectivas obras (y a pesar de las entre cinco y siete décadas que las separan del momento presente), en el problema citado. Fernand Braudel, por su parte, y a partir de un enfoque histórico de la cuestión, dedica un apartado del capítulo mencionado al inicio de este epígrafe a una pregunta que, por lo pronto, sorprende al lector: «Ha cambiado el clima desde el siglo XVI?»³³. Por otra parte, Pierre Deffontaines, en su trabajo sobre el Mediterráneo de 1972, hace unas reflexiones sobre el problema que creemos muy significativas. Extractamos el fragmento que insertamos a continuación —y que, por sí solo, pensamos que resulta altamente expresivo y revelador:

Este clima mediterráneo tal vez se encuentre ya en una situación de «regresión» [...] Las aguas marinas siguen recalentándose, las anomalías térmicas se acentúan y las diferencias de presión se intensifican; los vientos irán siendo más violentos, la estación de la lluvia tenderá a contraerse y las lluvias serán más irregulares y más violentas [...]; los ríos, más inestables, acentuarán sus estiajes, separados por inundaciones en intervalos cada vez más cortos; los procesos erosivos se extenderán y agravarán [...] y se irá extendiendo el predominio de la piedra y de la aridez. [...] ¿En qué sentido continuará la evolución? ¿Hasta qué punto el hombre ha sido el inductor de estos cambios? ¿Hasta qué punto puede retrasarlos o acelerarlos? Puede que los cambios alteraran las condiciones básicas y abrieran un ciclo climático nuevo. No debemos perder de vista, en cualquier caso, que el Mediterráneo es un dominio inestable y una zona de dinamismo³⁴.

6. UN PAISAJE HUMANIZADO

El paisaje, que podemos considerar que es la plasmación, en el territorio, de la continua interacción entre los factores físicos y la acción humana, no resulta un concepto fácil de caracterizar, acotar y sistematizar. Su estudio, desde la geografía —dada la multiplicidad de ingredientes y factores que pone en juego—, se convierte en particularmente complejo. Y más aún, cuando lo utilizamos para tratar de explicar y comprender un medio tan rico y diverso como el medite-

³³ BRAUDEL, F., *op. cit.*, nota 13, pp. 248-254.

³⁴ DEFFONTAINES, P., *op. cit.*, nota 5, pp. 49-50.

ráneo. Por este motivo, la atención que le dedica Fernand Braudel al paisaje en su gran obra dedicada al Mediterráneo no pasa, en absoluto, desapercibida. Sobre todo, porque nos pone ante la evidencia de la importancia que tiene para él, como historiador, una observación del espacio hecha con la mayor atención y llevada hasta el último detalle. Lo podemos ver ejemplificado en los tres fragmentos que presentamos a continuación. Todos ellos tienen en común el hecho de ofrecernos una interpretación del paisaje mediterráneo en la que destaca, por encima de todo, su elevado grado de *humanización*. Un aspecto que, en relación con el análisis global del entorno mediterráneo que llevamos a cabo, es importante situar en un primer plano:

El placer de los ojos, la belleza de las cosas disimula [a menudo] las traiciones de la geología y del clima mediterráneo: nos hacen olvidar fácilmente que el Mediterráneo nunca ha sido un paraíso ofrecido gratuitamente al deleite humano. Aquí ha sido necesario construirlo todo; y, generalmente, a cambio de mucho más trabajo que en otros sitios. El arado del agricultor ha topado a menudo con unos suelos pedregosos y poco profundos; la lluvia, cuando ha sido demasiado intensa o persistente, ha favorecido el deslizamiento de la tierra pendiente abajo. La montaña [por otro lado], obstruye la circulación, ocupa exageradamente el espacio, limita la llanura y reduce a menudo los campos a simples franjas o a estrechas cintas de tierra³⁵.

Hay en el Mediterráneo un tipo de paisaje creado íntegramente por la mano del hombre: los campos de cultivo abancalados, separados por pequeños muros o bancales que deben reconstruirse periódicamente [...]. De todo ello se deriva hoy el progresivo abandono de este antiguo espacio agrícola. Demasiado trabajo, en la práctica, para una ganancia tan escasa. Incluso las colinas de la Toscana, tan reconocidas, están perdiendo sus rasgos distintivos: los muros se derrumban; los olivos, más que centenarios, están siendo arrancados; ya no se siembra el trigo; las pendientes y las vertientes que se cultivaban desde muchos siglos atrás se están convirtiendo, poco a poco, en extensos matorrales o simples terrenos baldíos³⁶.

El Mediterráneo no son, pues, solo, los paisajes de viñedo y olivar, las zonas urbanizadas y las franjas frondosas; es también, pegado a él, ese otro país alto y macizo; ese mundo erguido, erizado de murallones, con sus extrañas viviendas y sus caseríos, con sus «nortes cortados a pico» [en expresión de Strzygowski]. Nada recuerda aquí al Mediterráneo clásico y risueño, en el que florece el naranjo³⁷.

³⁵ BRAUDEL, F., *op. cit.*, nota 4, pp. 26-27.

³⁶ *Ibid.*, p. 31.

³⁷ BRAUDEL, F., *op. cit.*, nota 13, p. 5.

7. EL MEDITERRÁNEO COMO «SISTEMA DE CIRCULACIÓN»

Pierre Deffontaines subraya, apoyado en datos que toma de la paleontología y de la arqueología, que el Mediterráneo fue el primer rincón de la Tierra que tuvo verdaderos intercambios, verdaderas ciudades, verdadera literatura. En su repaso de los primeros pasos en el proceso de ocupación y creación de asentamientos humanos en este dominio geográfico afirma que, este ámbito, «pronto poseyó un mecanismo social complejo que reflejaba el progreso de su civilización»³⁸.

Más adelante amplía esta consideración precedente y nos ofrece, sintetizadas en el párrafo que transcribimos a continuación, algunas claves para entender lo que podríamos caracterizar, de acuerdo con su punto de vista, como el «protagonismo cultural» del Mediterráneo dentro del contexto general de la evolución humana:

Es aquí [en el Mediterráneo] donde la humanidad salió por primera vez del anonimato de la prehistoria; aquí surgieron los primeros nombres conocidos, los primeros documentos escritos —tres mil quinientos años antes de nuestra era en Mesopotamia, tres mil doscientos en Egipto—; fue aquí, también, donde se hizo posible el perfeccionamiento y simplificación de la escritura gracias a la extraordinaria invención del alfabeto³⁹.

Detrás del planteamiento de Pierre Deffontaines vemos, de hecho, una de las ideas centrales que pone en juego Fernand Braudel y que, de alguna manera, desarrolla a medida que va desplegando su obra. Estamos aludiendo al *movimiento*; esto es, la circulación entendida en todas sus dimensiones. Un concepto que debe atenderse con la máxima atención, una vez presentado y analizado el medio geográfico del Mediterráneo, porque solo desde un planteamiento así podremos ser capaces de entender este medio como una realidad viva y dinámica, plenamente histórica. Veamos, en una perspectiva general pero también en el detalle, cómo explica este proceso el propio Fernand Braudel:

¿El Mediterráneo? Rutas y más rutas, por mar y por tierra. Rutas unidas entre sí: lo que significa ciudades. Pequeñas, medianas y grandes, enlazadas unas con otras para acabar constituyendo, en conjunto, todo un sistema de circulación. [...] Será a través de este sistema que podremos llegar a alcanzar una plena comprensión del Mediterráneo, mar que, esencialmente, cabe caracterizar como *espacio-movimiento*. Si el espacio cercano, terrestre o marítimo, es la base de su vida cotidiana, el movimiento añade sus dones. Si el movimiento se precipita, los dones

³⁸ DEFFONTAINES, P., *op. cit.*, nota 5, p. 61.

³⁹ *Ibid.*, p. 65.

se multiplican y toman cuerpo en consecuencias visibles. Si la Toscana ha sido durante siglos el paisaje más bello del mundo, ¿no será porque Florencia se alimentaba del trigo de Sicilia, de tal modo que la Toscana rural pudo especializarse en el cultivo de la viña y el olivo? Del siglo XIV al XVI, Venecia es la ciudad más rica de Italia y probablemente de Europa; en cualquier caso, del Mediterráneo; no es por casualidad: estamos hablando del mismísimo *centro* del sistema de circulación (esto es, el mar entero) más vasto de la época —que le permite capitalizar el grueso de las compras de pimienta y especias de Oriente, a la vez que actúa acto seguido como *facilitadora* de todos estos productos a Occidente, especialmente Alemania, el principal consumidor europeo. [...] Vemos, así, como las rutas del Mediterráneo ensancharon de forma desmedida el espacio explotado por las ciudades y por los comerciantes del antiguo mar Interior. Es justamente un *mediterráneo* quien descubre a sus contemporáneos la remota China: Marco Polo, que regresa a Venecia en 1296. Y es también otro mediterráneo, Cristóbal Colón, quien descubre América en 1492. En otro orden de cosas, son los mercaderes italianos quienes controlan las ferias de la Champaña francesa en el siglo XIII, y quienes, doscientos años después, dominan las ferias de Lyon —alrededor de las cuales giró durante un cierto tiempo la fortuna entera de Europa⁴⁰.

Y cambiando de escala, el propio autor lleva su mirada a un plano que no dudamos en calificar, en un determinado sentido, como una anticipación de la *globalización* de nuestra época. Una anticipación que adopta, como eje de referencia, lo que podemos caracterizar simple y llanamente como el *universo mediterráneo*.

Está claro, en definitiva, que un Mediterráneo más amplio conturnea y rodea el mar Mediterráneo stricto sensu y le hace de caja de resonancia. Si la vida económica de este mar se refleja con fuerza en otras zonas, incluso muy alejadas del mismo, semejante repercusión podemos observar respecto a sus civilizaciones, sus cambiantes movimientos culturales. El Renacimiento se propaga a partir de Florencia. El Barroco, surgido de Roma y de la España triunfal, se extiende por toda Europa, incluidos los países protestantes del norte. Igualmente, las mezquitas de Estambul [...] tendrán imitadores en Persia y más lejos aún: en India. [...] El lujo que podemos revivir hoy a lo largo del Gran Canal de Venecia [...], o en la plaza de San Marcos [...] solo se puede explicar a partir de la explotación de otros grupos humanos en países remotos. [...] En este sentido, la explotación de las tierras cercanas y de los pequeños puertos satélites del Adriático no habría podido bastar por sí sola. Eran necesarias las aportaciones de un «comercio de lejanía»; de esa antena que, con la intermediación del Islam, el Mediterráneo dirige hacia Extremo Oriente⁴¹.

⁴⁰ BRAUDEL, F., *op. cit.*, nota 4, pp. 76-78 (adaptado).

⁴¹ *Ibid.*, pp. 78-79.

Llegamos, así, al final de una etapa. Final que coincide con el cambio de ciclo que representa, entrado ya en el siglo XVII, la sustitución del Mediterráneo por el océano Atlántico como «centro de gravitación» del mundo. En la práctica, nada nuevo si nos atenemos a la ley general del movimiento histórico: una reestructuración del «sistema circulatorio» que conlleva en sí misma, en palabras del propio Fernand Braudel, una ruptura de larga duración:

La decadencia, las crisis y los períodos de declive del Mediterráneo se corresponden, justamente, con las discontinuidades, las insuficiencias y las rupturas del «sistema circulatorio» que le atraviesa, le rodea y le sobrepasa. El viaje de Vasco de Gama, en 1498, es el primer golpe que le asesta el destino. El Mediterráneo lo superará, de entrada. Pero la decadencia se afirmará cuando, a partir de 1620, ingleses y holandeses toman posesión de los mercados exteriores al dominio mediterráneo y, desde ahí, se van apoderando también de este espacio. Y aquí sí que estamos ante el inicio de una ruptura de larga duración, y del consiguiente repliegue del Mediterráneo; ruptura que, ni tan solo dos siglos y medio después, con la apertura del canal de Suez —en un momento en que la preeminencia mundial (1869) la ostenta Inglaterra—, permitirá recuperar para nuestro mar los niveles de hegemonía precedentes⁴².

8. CATALUÑA, UN TERRITORIO GENUINAMENTE MEDITERRÁNEO

8.1. Cataluña, *Finisterre oriental* de la Península Ibérica

Cambiamos de plano, y de escala de análisis —sin apartarnos, sin embargo, del contexto del Mediterráneo—, para centrar específicamente nuestra atención en el caso de Cataluña. Una región que Pierre Deffontaines considera geográficamente paradigmática respecto al conjunto del Mediterráneo, y que define como «el *Finisterre* oriental de Iberia»⁴³.

Cuando el autor referido compara Cataluña con Provenza —ámbito geográfico de la Europa meridional que considera simétrico a Cataluña—, resalta el factor diferencial clave entre ambos territorios: que Cataluña, al no poder hacer uso de su gran río, el Ebro (por tener una localización periférica respecto al centro del país), a diferencia del Ródano respecto al dominio provenzal, «quedó más aislada del interior que Provenza»⁴⁴. Vale la pena, en el detalle, observar cómo Pierre Deffontaines presenta la singularidad geográfica de Cataluña:

⁴² *Ibid.*, p. 80 (adaptado).

⁴³ DEFFONTAINES, P., *op. cit.*, nota 21, p. 20.

⁴⁴ DEFFONTAINES, P., «Catalunya a la Mediterrània», en: SOLÉ SABARÍS, L. (Dir.), *Geografia de Catalunya*, volum 1, Barcelona, Editorial Aedos, 1958, p. 18.

Este *finisterre* catalán condensa en un espacio reducido —de no más de doscientos kilómetros de largo— toda una gama de sorprendentes diversidades; se produce en esta región como una compresión de relieves y de estructuras, de climas y de vegetación; es una especie de mosaico. Hay pocas regiones europeas que hayan nacido tantos nombres de comarcas correspondientes a cada una de las bien definidas unidades de paisaje. Las comarcas tienen aquí una gran personalidad: un Penedès, una Segarra, un Empordà, un Collsacabra, etc. tienen cada una su fisonomía bien marcada⁴⁵.

Pierre Deffontaines subraya la paradoja de que, a pesar de ser Cataluña (como Provenza) un territorio esencialmente *interior* ha generado, a través de la historia, «en este rincón de mar que bordea la marca oriental española, una especie de Mediterráneo catalán»⁴⁶.

La complicidad de Cataluña con el mar se hace patente, como observa Pierre Deffontaines, a partir de la «conexión histórica» de los condados pirenaicos con el litoral encabezado por la cabeza y el casal barcelonés, a través de la «gran vía» proveniente del norte:

Por esta vía se deslizó el empuje catalán bajando de las montañas; reencóstró el Mediterráneo y encontró un nuevo dominio de expansión. Un poco a la medida de la reconquista portuguesa, se extendió hacia el suroeste a lo largo del litoral, ocupando progresivamente todo el Levante español hasta la desembocadura del Segura⁴⁷.

Merece la pena hacer notar que el planteamiento descrito, concretado en el proceso histórico de formación de Cataluña durante los siglos medievales, refleja, a escala del territorio catalán (es decir: en la franja mediterránea de la Península Ibérica), lo que, en la práctica, cabe considerar como una *constante* en el todo el dominio del *Mare Nostrum* (oportunamente destacada por Fernand Braudel): la imbricación entre dos espacios diferenciados, pero complementarios y vinculados recíprocamente, a lo largo de la historia, como han sido el *llano* y la *montaña*. Veamos en este punto, y sin salir del ámbito de Cataluña, qué matices introduce otro historiador, Jaume Vicens, cuando trata de explicar esa misma constante desde la perspectiva de la inserción del espacio catalán en el ámbito europeo:

Si nuestro país hubiera sido solo un pasillo geográfico, seguro que habríamos pasado a la historia sin pena ni gloria. Pero la Marca reúne dos condiciones altamente satisfactorias: la montaña y el mar. El gran surco central que lleva de Europa a España por Tarragona y Lleida, desde el Ampurdán, está bordeado por montañas, por un lado, y de llanuras litorales, por otro. [...] Y esa dualidad ha sido creadora. [...] Nuestra

⁴⁵ DEFFONTAINES, P., *op. cit.*, nota 44, p. 18.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 22.

⁴⁷ *Ibid.*, *op. cit.*, nota 20, p. 30.

historia está repleta de desencuentros entre montañeses y marineros [...]. Sólo el progreso en las comunicaciones y la industrialización de la montaña han hecho posible la confluencia actual, la fusión casi completa entre los dos elementos principales de nuestro pueblo⁴⁸.

Completamos el apartado con una referencia a la transformación radical de la franja litoral del territorio catalán que ha acontecido, a modo de reflejo de lo sucedido en una gran parte de las riberas del Mediterráneo desde mediados del siglo xx, con la irrupción del turismo de masas. Una tesis que Pierre Deffontaines resume a través de un párrafo breve pero elocuente, y que nos ayuda a contextualizar una pulsión territorial reciente y con una gran trascendencia a nivel local y regional —pero que también es importante saber interpretar en clave mediterránea:

Sólo ahora [1975], y desde hace veinticinco años, el horizonte del mar ha sido bruscamente redescubierto y se ha convertido en la gran atracción del turismo extranjero, cada vez con mayor impacto. Actualmente una orla de urbanización, casi continua, bordea la costa con una serie de puntos de concentración máximos, donde los chalés, los rascacielos, los hoteles y los campings se agolpan de cara al mar. Casi ningún espacio del litoral escapa a ese impacto: tanto las playas como los roquedales y las montañas. Desgraciadamente esta invasión turística se presenta, a menudo, sin ninguna idea de conjunto, sin una urbanización concertada —excepto en las llanuras del Rosellón. [...] Este nuevo elemento sobrepuesto puede hacer de los territorios catalanes un nuevo «país marinero» en incesante proceso de renovación⁴⁹.

8.2. Un apunte final sobre la «vocación mediterránea» de Cataluña

Completamos las consideraciones del presente apartado con un apunte que complementa los argumentos geográficos e históricos que nos han permitido hablar de la «vocación mediterránea» de Cataluña. Hacemos referencia a un período histórico relevante como ha sido el de la expansión medieval de la corona catalano-aragonesa por el Mediterráneo. Y, más concretamente, al reflejo que, en un momento determinado, ha tenido esta proyección mediterránea catalana —y con una especial incidencia en el plano del derecho internacional. Acudimos de nuevo a un breve párrafo de Jaume Vicens, como valoración sintética de este proceso. Escribe al respecto el historiador, en el capítulo «Imperio y libertad» de *Noticia de Cataluña*:

⁴⁸ VICENS VIVES, J., *Noticia de Catalunya*, Barcelona, 5ª ed. [original: 1954], Destino, 1975, pp.25-26.

⁴⁹ DEFFONTAINES, P., *op. cit.*, nota 41, p. 32 (adaptado).

Los historiadores conocen el desarrollo mercantil de Cataluña y saben que ocupamos un lugar en la lucha por la hegemonía en el Mediterráneo occidental e incluso que logramos organizar de modo admirable nuestra actividad comercial desde el punto de vista consular y jurídico. Nadie que tenga una mediana cultura histórica desconoce el valor de nuestro *Llibre del Consolat de Mar*, una de las piezas primordiales de la literatura jurídica marítima. [...] Aunque sin el éxito de portugueses, castellanos, neerlandeses, franceses e ingleses al abrirnos camino hacia las tierras de nueva colonización durante la Edad moderna, nuestra participación en la experiencia colonial de Occidente tiene un alcance suficientemente considerable como para que no pueda ser olvidada ni subvalorada. Si nuestras fuerzas languidecieron en los momentos en que el Atlántico se ofrecía con todas sus empresas tentadoras, no por ello debemos silenciar las notables realizaciones que emprendimos durante los siglos XIV y XV en el Mediterráneo⁵⁰.

En la práctica, la concepción y la razón de ser del *Llibre del Consolat de Mar*, su sentido esencial como compilación y la virtualidad de la que gozó hasta las codificaciones modernas, podemos considerarlos, en la línea de las apreciaciones de Jaume Vicens, un reflejo del sentido pactista y de intermediación que ha caracterizado a Cataluña, así como un reflejo de su proyección hacia el Mediterráneo desde tiempos inmemoriales hasta hoy mismo.

9. EL PARADIGMA MEDITERRÁNEO: UNA MANERA DE ENTENDER EL PASADO Y DE ABORDAR EL FUTURO

Completamos la reflexión recapitulando sobre algunas de las cuestiones que hemos estado tratando y que, en última instancia, pensamos que dan pie a plantear lo que era, en un primer momento, nuestro propósito: ver hasta qué punto, a partir de las cuestiones centrales que hemos ido haciendo aflorar en el conjunto del relato, podemos hablar de un patrón o de unas pautas globalmente compartidas (y susceptibles de ser proyectadas hacia el futuro). En otras palabras, discernir si podemos hablar, al fin y al cabo, de un *paradigma mediterráneo*.

Nuestra conclusión, en este sentido, es que en el mismo núcleo del pensamiento de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo se puede discernir lo que, a nuestro modo de ver, sería un fundamento claro de ese paradigma. Hablamos, en la práctica, del «núcleo de significación» (en términos hermenéuticos) del pensamiento de Fernand Braudel que aflora en los tres párrafos que transcribimos a continuación. Párrafos que, partiendo de un concepto cardinal como es el de *Mediterráneo*, y enlazando dicho concepto con otro no menos trascendente para el autor,

⁵⁰ VICENS VIVES, J., *op. cit.*, nota 48, pp. 121-122.

que es el de *civilización*, creemos que dan la medida de una forma de ver el mundo que, en última instancia, podría ir tomando a través del espacio-tiempo (binomio genuinamente *braudeliano*) una dimensión progresivamente universal.

La historia del Mediterráneo, considerada en su globalidad —entre seis y diez mil años de historia en un mundo, en su conjunto, enormemente complejo, dislocado y contradictorio— [...] representa una masa de conocimientos nada fácil de reducir a una síntesis razonable. Podríamos decir, de hecho, que el pasado del Mediterráneo es una historia acumulada en capas tan espesas y densas como las de la historia de la lejana China. Ahora bien: si nuestro propósito es tratar de ofrecer una visión global de este mundo mediterráneo, lo idóneo será abordarlo directamente, desde el momento presente, apuntando a lo que consideramos que es su esencia y su razón de ser. Y, en este punto, pensamos que la respuesta debe ser rápida y nada ambigua. Más allá de las divisiones políticas actuales, el Mediterráneo está formado por tres comunidades culturales, tres enormes civilizaciones, tres modos cardinales de pensar, creer, comer, beber, vivir... Estas civilizaciones son, en realidad, los únicos destinos colectivos de larga duración cuyo trayecto podemos seguir de forma ininterrumpida a través de los vaivenes y de las peripecias de la historia mediterránea⁵¹.

Tres civilizaciones: Occidente en primer lugar quizá más bien habría que decir la Cristiandad, antigua palabra tal vez demasiado cargada de sentido; o aún mejor, la Romanidad: Roma fue y sigue siendo el centro de este viejo universo primero latino y después católico que se extiende hasta el mundo protestante, hasta el océano y el mar del Norte, el Rin y el Danubio; esto es, territorios a lo largo de los cuales la Contrarreforma plantó sus iglesias barrocas como tantos otros centinelas vigilantes; e incluso el mundo de más allá del Atlántico, como si el destino moderno de Roma hubiera sido conservar bajo su dominio el imperio de Carlos V «donde nunca se ponía el sol». [...] El segundo universo es el Islam, otro espacio inmenso que comienza en Marruecos y se proyecta, más allá del océano Índico, hasta Insulindia, que en parte fue incorporado por este dominio, y convertido, en el siglo XIII de nuestra era. [...] Hoy, el tercer personaje no se hace visible de buenas a primeras. Se trata del universo griego, el universo ortodoxo, que comprende, al menos, la península de los Balcanes, Rumanía, Bulgaria, buena parte de los países de Yugoslavia, la propia Grecia —donde la estela de la Hélade antigua parece revivir a cada paso—; también aparece, indiscutiblemente, la enorme Rusia ortodoxa. ¿Qué centro puede señalarse para este mundo? Constantinopla, se podrá decir: la Segunda Roma y Santa Sofía en su punto álgido. Pero, desde 1453, Constantinopla es Estambul, la capital de Turquía. El Islam turco ha conservado su parte de Europa, después de haber poseído toda la península balcánica en el momento de su cenit. Otro centro tuvo también, sin duda alguna, un papel: Moscú, la tercera

⁵¹ BRAUDEL, F., *op. cit.*, nota 4, pp. 157-158.

Roma. Pero también este centro ha dejado de ser un polo destacado de la ortodoxia⁵².

No podemos dudar que las civilizaciones son una guía excelente: porque atraviesan el tiempo y ganan la partida a su duración. Mientras gira la rueda de la historia se van manteniendo en su sitio, imperturbables. Gracias a esta inmovilidad arraigan en un pasado aún más antiguo de lo que parece a primera vista, y esta «larga duración» se acaba incorporando a su carácter. Porque, al fin y al cabo, la Romanidad no comienza con Cristo; el Islam no comienza el siglo VII con Mahoma; y el mundo ortodoxo no comienza con la fundación de Constantinopla en 330. En esencia, una civilización es una continuidad que, cuando cambia, incluso de la forma profunda que conlleva una nueva religión, asimila valores antiguos que de ese modo sobreviven y se mantienen como su misma sustancia. Las civilizaciones no son mortales –pese a lo que dijo Paul Valéry. Sobreviven a los avatares, superan a las catástrofes. Renacen, incluso, de sus cenizas⁵³.

RESUMEN: Proponemos una reflexión panorámica, y llevada a cabo desde una perspectiva de síntesis, sobre la significación del Mediterráneo, como concepto entendido en un sentido amplio (el mar, como hecho geográfico en sí mismo; pero considerando también su proyección en el espacio y en el tiempo), y sobre la mediterraneidad, entendida como el conjunto de valores que podemos asociar a este hecho geográfico en su desarrollo a lo largo de la historia. La reflexión, que toma como ejes articuladores el pensamiento de un historiador, Fernand Braudel, y de un geógrafo, Pierre Deffontaines, que han hecho del Mediterráneo el tema central de su obra, la acabamos concretando en las coordenadas específicas de Cataluña: país genuinamente mediterráneo, tanto en lo que se refiere a la geografía como a su proceso de construcción histórica —y en relación con el cual el período de expansión medieval hacia el Mediterráneo oriental, e hitos asociados al mismo como el *Llibre del Consolat de Mar*, brillan con luz propia. Completamos la reflexión con un apunte o idea de futuro: la consideración de los valores positivos asociados a la idea del Mediterráneo como *paradigma* a tener en cuenta, de un modo u otro, por sus posibilidades de aplicación en un sentido global.

PALABRAS CLAVE: Mediterráneo; complejidad física; interacción humana; encrucijada cultural; paisaje humanizado.

ABSTRACT: We propose a panoramic reflection, carried out from a synthesis perspective, on the significance of the Mediterranean, as a concept understood in a broad sense (the sea, as a geographical fact

⁵² *Ibid.*, pp. 158-160.

⁵³ *Ibid.*, pp. 160-161.

in itself; but also considering its projection in space and time), and about «mediterraneïtat» (*Mediterraneanness*), understood as the set of values that we can associate with this geographical fact in its development throughout history. The reflection takes as articulating axes the thought of a historian, Fernand Braudel, and of a geographer, Pierre Deffontaines, who have made the Mediterranean the central theme of their work, and is carried out in the specific coordinates of Catalonia: a genuinely Mediterranean country, both in terms of geography and its historical construction process —and in relation to which the period of medieval expansion towards the Eastern Mediterranean, and associated milestones such as the *Llibre del Consolat de Mar*, are widely recognized. We complete the reflection with an idea projected towards the future: the consideration of the positive values associated with the idea of the Mediterranean as a *paradigm* to be taken into account for its possibilities of application in a global sense.

KEYWORDS: Mediterranean Sea; physical complexity; human interaction; cultural crossroads; humanized landscape.

